

su escuela, la cual tenía más razón para durar en Chile que en ninguna otra parte (1).

Entre los redactores del *Semanario de Santiago* figuraban, al lado de Sanfuentes, otros poetas principiantes: D. Hermógenes Irisarri, hijo del famoso escritor guatemalteco D. Antonio José, á quien superó en estro lírico y elegancia de versificación, ya que no igualase su ingenio acerado y vasta doctrina (2); D. Jacinto Chacón, autor de un poema fragmentario, *La mujer*; los dos hijos de Andrés Bello, D. Carlos y D. Francisco, el primero de los cuales dió á la escena un ensayo de drama romántico, *Los amores de un poeta*, muy aplaudido entonces como primer paso del ingenio nacional en tan difícil carrera, y muy olvidado después como fruto pre-

(1) Don Salvador Sanfuentes y Torres nació en Santiago de Chile el 2 de Febrero de 1817. Era el discípulo predilecto de D. Andrés Bello. Su carrera administrativa fué brillante. Tuvo á su cargo en varias ocasiones el Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción pública, y el de Estado. Estas elevadas funciones no le impidieron desempeñar con gran lucimiento la de Secretario general de la Universidad de Chile, durante el rectorado de Bello. Falleció en 17 de Julio de 1860, siendo Decano de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad. Además de las obras citadas en el texto, dejó un drama sin terminar, *Don Francisco de Meneses*, y presentó á la Universidad en 1850 una Memoria histórica, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*. En la *Revista de Ciencias y Letras* (1857) publicó las cuatro primeras partes de otro poema, *Teudo, ó Memorias de un solitario*.

Acerca de Sanfuentes, vid. Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859*. (Santiago, 1861, páginas 277-315), y *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, páginas 186-205.

(2) Tradujo H. Irisarri en verso la tragedia *Francesca de Rimini*, de Silvio Pellico, y el drama de A. Dumas, *Carlos VII entre sus grandes vasallos*, y en prosa, *Una sola falta*, de E. Scribe, y *Los cuentos de la Reina de Navarra*, del mismo Scribe y de Legouvé. En *La Semana*, revista fundada por los hermanos Alemparte en 1859, publicó una serie de siete cartas sobre el teatro moderno.

matureo y sin sazón. Hubo entonces otras tentativas teatrales, como las del español D. Rafael Minvielle, que además de sus arreglos del *Antony* y del *Hernani*, compuso un drama original, *Ernesto* (1). Pero todas estas producciones mediocres no sirven más que como datos en la cronología literaria.

Mucho antes que se hubiesen dado á conocer los noveles ingenios citados hasta aquí, y con independencia en cierto modo del movimiento universitario promovido por Mora y Bello, escribía notables versos una esclarecida matrona que ha dejado en Chile tan gratos recuerdos por su piedad y por sus virtudes, como por su talento. Cuando en 1837 sucumbió bajo el plomo de vulgares asesinos políticos el gran magistrado D. Diego Portales, un clamor de angustia se levantó de todos los confines de la República chilena, y la poesía, que hasta entonces sólo había acertado á exhalar roncos sonos, así en las tribulaciones como en las alegrías de la patria, se asoció dignamente á aquel inmenso duelo en las vigorosas estancias de un *Canto fúnebre*, que corrió anónimo de mano en mano, excitando la admiración común,

(1) Minvielle era natural de Játiva, y emigrado liberal de 1823, primero en la República Argentina y luego en Chile, donde prestó muchos servicios á la enseñanza. Además de las piezas citadas, tradujo otras de Adolfo Dennery, Aniceto Bourgeois, Victoriano Sardou, y Teodoro Barrière, entre ellas, *Las mujeres de mármol*.

Falleció en 1887. Puede leerse su biografía en *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, de Amunátegui (páginas 315-334).

Para completar, en lo posible, la ligera enumeración del repertorio del teatro chileno en estos años, hay que citar la traducción que D. Andrés Bello hizo de la *Teresa*, de Dumas; *El Proscrito*, de Soulié, arreglado por Lastarria, autor también de alguna comedia original; la tragedia de Sheridan, *Pizarro*, traducida del inglés por D. Juan García del Río, y alguna otra de menos importancia.

sin que nadie pudiera atinar con el nombre de su autor verdadero. Salvo Bello y D. Felipe Pardo, que por entonces estaba emigrado en Chile, no había persona en el país capaz de escribir versos de tan noble sentimiento, de tan elevado espíritu, de tan pura y briosa dicción. No eran, ni con mucho, los primeros de su autora, de quien bien puede decirse que se había educado á sí misma con la lectura de algunos libros españoles y franceses, especialmente piadosos, y con el trato de algunas personas cultas, como D. Ventura Blanco Encalada y el mismo Bello. De ellos pudo aprender la corrección de la frase y el arte de la forma limpia y castiza; pero la fuente de los afectos poéticos la encontró sin estudio dentro de su propia alma dulce, religiosa y modesta. No fué nunca literata de profesión, sino ejemplarísima mujer de su casa, que sólo escribía versos cuando la devoción, la caridad ó la piedad maternal se los dictaban. Entonces corría su vena, fácil y sin esfuerzo, espontánea y candorosa, demasiado abundante en ocasiones y expuesta á los peligros de la facilidad excesiva. Hay redundancia de palabras en sus mejores composiciones. El *Canto fúnebre*, ya citado, el *Canto á la caridad*, la *Plegaria al pie de la Cruz*, ganarían todas reducidas á menos versos, y así podrían eliminarse algunos prosaicos y desmañados, que de vez en cuando las desdoran. Quizá escribió también demasiadas composiciones de índole familiar y casera. Pero la sinceridad lírica es tan evidente, y tan puro el manantial de que brota, y tan hermoso el corazón que se refleja en aquellos versos, que puede suscribirse sin ambages al juicio de Bello, cuando en 1859 llamaba á esta poetisa chilena «la musa de la caridad cristiana, que tiene gemidos para todos los do-

lores, y sólo presta su voz á los afectos generosos». No lo negará quien haya leído aquellas estancias suyas, que comienzan: «*Dulce es morir*».

Dulce es morir, cuando en la edad primera
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil,
Como cándida flor de la pradera,
Que, para ornar al templo soberano,
Separó diestra, cuidadosa mano
De su tallo gentil.....

Dulce es morir, cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino
Le siembra de la cruz;
Y al débil sér que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores,
En apacible luz.....

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,
En pos del serafín;
Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinte de oro y rosa,
Se disuelve brillante y pudorosa
Del cielo en el confin.....

Ni faltan en las poesías de D.^a Mercedes Marín rasgos enérgicos, que hacen más impresión por lo mismo que contrastan con la habitual sencillez de su estilo, verbigracia:

¡Son ciegos que han errado su camino:
Llámalos al redil, Pastor divino,
Antes que baje el sol de tus piedades!

Ó bien cuando exclama en la bella elegía á la muerte de D. Andrés Bello:

Sobre el limpio cristal de su conciencia
Las corrientes del siglo resbalaron.... (1).

La primitiva *América poética*, de Valparaíso (1846), no dió entrada á más ingenios de Chile, que Sanfuentes, D.^a Mercedes Marín, Chacón, Irisarri *junior*, y D. Eusebio Lillo, del cual nada decimos aquí, porque, según nuestras noticias, es uno de los tres poetas que viven de los comprendidos en aquella famosa antología. Si á los nombres citados hasta aquí se agrega el del argentino D. Gabriel Real de Azúa, que fué chileno por adopción; poeta correcto de la escuela de nuestro siglo XVIII; conocido principalmente por sus fábulas, entre las cuales hay algunas ingeniosas y bien versificadas (2), tendremos casi completo el cuadro del movimiento literario en Chile, durante la primera mitad de nuestro siglo.

La fundación de la Universidad en 1843, bajo la sabia dirección de Bello, determinó un notable desarrollo de la cultura, pero más bien en sentido científico é histórico que propiamente literario. En el discurso inaugural del Rector se daba, no obstante, la debida importancia al estudio de las bellas letras, y se proclamaba una fór-

(1) Nació D.^a Mercedes Marín en Santiago de Chile el 11 de Septiembre de 1804, y murió en 21 de Diciembre de 1866. Su biografía está en *La Alborada poética*, de Amunátegui (páginas 476 568). Sus poesías han sido coleccionadas con este título: *Poesías de la Señora D.^a Mercedes Marín del Solar, dadas á luz por su hijo Enrique del Solar* (Santiago, 1874). Fué autora, además, de varios escritos en prosa, una biografía de su padre, otra del primer Arzobispo de Santiago, D. Manuel Vicuña (1843), otra del arcediano don José Miguel del Solar (1847), etc.

(2) Las obras poéticas de Real de Azúa ocupan tres volúmenes, publicados en París por D. Vicente Salvá, en 1839 y 1840. Su comedia *Los Aspirantes*, representada en 1834, mereció los elogios de D. Andrés Bello en un artículo de *El Araucano*.

mula de libertad estética muy amplia: «Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta á nombre de Aristóteles y Homero, y atribuyéndoles á veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles á la mirada de lince del genio.....; creo que hay un arte que guía á la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria. Libertad en todo. Pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.»

Pero no eran «orgías de imaginación» lo que había que temer de los chilenos. De la Universidad salieron historiógrafos, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado á idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente é innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino. Los nombres, caros á las musas, de Eusebio Lillo, Guillermo Matta, G. Blest Gana, Eduardo de la Barra, y otros poetas vivos aún, y que, por consiguiente, no deben ser aquí materia de nuestro estudio,

son prenda de un porvenir que puede ser tan honroso para Chile como lo es el presente bajo otros respectos. Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba, no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras Repúblicas hispano-americanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa dignos de alabanza por su contenido; y con la falta de estilo y arte de exposición que en las mismas monografías históricas, que son el nervio de su literatura, deslucen muchas veces los resultados de una labor sabia, paciente y honradísima. No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman é ilustren con comentarios; pero el historiador, para no ser un simple cronista, necesita cierto grado de imaginación histórica, y cierto buen gusto que le marque la distinción entre lo importante y lo superfluo. Yo admiro y aplaudo el ardor patriótico con que los chilenos se consagran al esclarecimiento de sus anales patrios; pero observo cierta falta de armonía y de proporción en sus trabajos, por lo cual es difícil que fuera del país en que se escriben logren muchos lectores. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius ó por Grote. Evidentemente es demasiado, y no basta todo el entusiasmo nacional para borrar la diferencia y para hacer interesante lo que de suyo no lo es. Por último, el predominio del positivismo dogmático, triunfante al parecer en la enseñanza oficial durante estos últimos años, contribuye á aumen-

tar la sequedad habitual de la literatura chilena, sólida por lo común, pero rara vez amena.

Como principales periódicos literarios, posteriores al *Semanario de Santiago*, pueden citarse *El Crepúsculo*, que en 1843 fundó Lastarria, y pereció al año siguiente á consecuencia del famoso artículo heterodoxo de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, que atrajo sobre su autor y sobre la revista una condenación y un proceso; la *Revista de Santiago*, que el mismo infatigable Lastarria comenzó á publicar en 1848 con la colaboración de Bello, los hermanos Amunátegui y otros, durando, con varias alternativas, hasta 1857; la *Revista de Ciencias y Letras*, que empezó á salir aquel mismo año como órgano de la escuela conservadora; la *Revista del Pacífico*, que en 1858 dirigía en Valparaíso D. Guillermo Blest Gana; *La Semana*, de los hermanos Arteaga Alemparte (D. Justo y D. Domingo); *La Estrella de Chile*, revista católica fundada en 1867; la nueva *Revista de Santiago*, de D. Fanor Velasco y D. Augusto Orrego Luco (1872), y en estos últimos años, la *Revista de Artes y Letras*, que por desgracia ha desaparecido. Como publicación oficial, de las más notables de América, descuellan los *Anales de la Universidad de Chile* (1).

En todas ó en la mayor parte de las colecciones antes citadas, pueden seguirse paso á paso los progresos de la literatura chilena, á cuyo desarrollo han contribuido

(1) Es obra de indispensable consulta la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*. Obra compuesta en virtud de encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile, por D. Ramón Briseño. Santiago de Chile, 1862. Dos tomos en folio.

también diversas asociaciones de vario género, como el *Círculo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes* (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habían sido clásicos, y en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esta sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los cuales sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, que va en esta colección; como en sus traducciones de lord Byron y Victor Hugo, y de un fragmento del libro 1 de la *Encida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política (1). Puede citarse también á D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo (2), que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición á los clásicos españoles y la pureza del idioma; á D. Zorobabel Rodríguez, valiente

(1) Las poesías de Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

(2) Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal ó amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico*, *El Cóndor* y *El Mercurio*.

controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

XII.

REPÚBLICA ARGENTINA.

El inmenso territorio comprendido entre el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico, formó, por Real cédula de 1778, un nuevo virreinato, llamado de Buenos Aires, que la Revolución separatista vino á fraccionar en cuatro repúblicas de muy desigual extensión é importancia: Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. De la primera hemos hablado ya; la tercera no tiene historia literaria, propiamente dicha, á lo menos en los tiempos modernos (1); resta tratar de las otras dos, y muy especialmente de la Argentina, cuya superior importancia en la cultura de la América del Sur, comienza propiamente con el hecho de la emancipación.

En el período colonial, sus tradiciones literarias son muy escasas. La literatura empieza allí, como en lo restante de América, con crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; tan importantes algunas

(1) De algunos vestigios de su antigua cultura se hablará en este capítulo por la relación que tienen con las cosas de Tucumán y Buenos Aires. No dudo que recorriendo íntegramente las bibliografías jesuíticas de los PP. Backer y Sommervogel, se encontrarán los nombres de algunos Padres de la Compañía, residentes en el Paraguay, que compusieran versos latinos ó castellanos; pero confieso que me ha faltado tiempo y valor para empeñarme en esta investigación de resultado tan dudoso.